

## Educación y religión en el pensamiento de C. G. Jung

José Ezcurdia<sup>1</sup>

*El presente texto tiene como objeto hacer expresos los fundamentos de las concepciones educativas de Jung, a partir del análisis que este autor realiza de los nexos internos entre educación y religión, y de la crítica que lanza al discurso religioso y a la Iglesia. Desde la perspectiva de Jung, la Iglesia no satisface las premisas en las que se articula el propio proceso educativo, en tanto conocimiento, desenvolvimiento y vínculo efectivo de las estructuras inconscientes y conscientes del sujeto. En este sentido, la noción de inconsciente resulta fundamental en la propuesta educativa jungueana, pues introduce el concepto de símbolo como factor estructurante de la personalidad y la cultura, donde se juega el adecuado cumplimiento de la propia práctica pedagógica, entendida ésta en última instancia en el sentido socrático, como un conocimiento de sí, que es principio de la construcción del carácter y la formación de la cultura misma.*

*Palabras clave: inconsciente, vida, símbolo, sabiduría, educación y religión.*

*The purpose of the present text is to make evident the grounds of Jung's educational conceptions through the analysis that the author makes of internal links between education and religion, and the critic of religious discourse and the Church. From Jung's perspective, the Church does not satisfy the premises of educational process in terms of knowledge, development and the establishment of an effective connection between the subject's conscious and unconscious structures. In this sense, inside Jung's educational scheme the notion of unconscious become essential, as it introduces the concept of symbol as a relevant structural issue of personality and culture, where the right performance of pedagogic practice takes place; this practice must be understood in the Socratic way: as a self-knowledge which is the principle for character construction as for formation of the culture itself.*

*Key words: unconscious, life, symbol, wisdom, education, religion.*

Jung hace del análisis de la noción de inconsciente el fundamento para trabar la educación y la religión en una unidad orgánica, que toda vez que da cuenta de sus nexos interiores, se constituye como marco para sopesar la condición de una cultura moderna que se topa de frente contra los excesos de lo que resulta una condición de mera barbarie. Para Jung, la religión en general y el cristianismo en particular, han perdido su capacidad formativa, en la medida que han traicionado una misión educativa que, en sentido socrático-platónico, posibi-

<sup>1</sup> Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato.

lita en el sujeto un *conocimiento de sí* y un *vínculo* con aquellos arquetipos o estructuras inconscientes que la experiencia muestra que se determinan como principio constitutivo del carácter y la personalidad. Es justo la cancelación de esta capacidad formativa, el principio que hace de la religión un componente fundamental de una cultura occidental que a la vez que contraviene los contenidos inconscientes capitales del arquetipo de Dios o el ‘sí mismo’, emplaza al sujeto al estado de una neurosis crónica y coloca a la humanidad al borde de la guerra y la autodestrucción.

Para Jung la significativa correspondencia entre las imágenes de los sueños y la mitología de los pueblos más diversos, aparece como expresión de una serie de principios arquetípicos que no por su forma inconsciente, carecen de una función determinante en la estructuración tanto del carácter del individuo, como de la colectividad.<sup>2</sup> El símbolo o arquetipo inconsciente es para Jung una tendencia psíquico-vital que da lugar a una articulación psicológico y cultural que ha sido fundamental en el desarrollo de los pueblos. Yavé, Cristo, Krishna, Buda, Quetzacóatl, etc., se constituyen como figuras vertebrantes del desarrollo de culturas diversas, en la medida que implican la toma de contacto de los individuos y los pueblos con la vida, en tanto resorte fundamental de la génesis de la conciencia. La identidad que Jung establece entre el símbolo inconsciente y la energía psíquico-vital, es el fundamento para dar cuenta del arquetipo del ‘sí mismo’ o Dios y del conjunto del relato simbólico mitológico, como marco para la formación de la cultura misma.

Jung nos dice al respecto:

Se puede percibir la energía específica de los arquetipos cuando experimentamos la peculiar fascinación que los acompaña. Parecen tener un hechizo especial. Tal cualidad peculiar es también característica de los complejos personales; y así como los complejos personales tienen su historia individual, lo mismo les ocurre a los complejos sociales de carácter arquetípico. Pero mientras los complejos personales jamás producen más que una inclinación personal, los arquetipos crean mitos, religiones y filosofías que influyen y caracterizan a naciones enteras y a épocas de la historia (Jung, 2002a: 76)

Para Jung el símbolo es anterior a la conciencia racional, en tanto condensa la forma psíquica de la vida. La mitología de los pueblos revela el desarrollo psíquico-orgánico de la vida en el hombre. El símbolo o arquetipo, no obstante es negado por la conciencia racional del sujeto, pervive en su inconsciente y en

---

<sup>2</sup> Al respecto Cfr., Jaffé, 1992: 53. “El método de investigación de Jung era preeminentemente histórico. Consistía, en esencia, en comparar ideas e intuiciones, y los esclarecimientos que había logrado del material empírico proporcionado por sus pacientes, con la evidencia histórica. Este método le permitía ver sus propias experiencias psíquicas y descubrimientos psicológicos en forma objetiva y establecer su validez general.”

el de la colectividad, haciéndose manifiesto en dominios como el arte, la vida onírica o la propia mitología.

Ahora bien, la casi completa negación del vínculo y del conocimiento de los arquetipos o estructuras inconscientes justo como principio genético y constitutivo de la identidad individual y de la cultura, es para Jung una característica fundamental del hombre cristiano y moderno. Esta negación, toda vez que ha abierto paso al desarrollo de la ciencia moderna y del despliegue tecnológico, ha inhibido justo la conformación de una personalidad y una cultura en la que las dimensiones del consciente y el inconsciente se encontrasen vinculadas. Es justo el análisis de las consecuencias de esta disociación encarnada como veremos por la carencia de un núcleo educativo cabal en el discurso religioso, el motivo que orienta la investigación jungueana.<sup>3</sup> Nuestro autor hace expreso el valor de los contenidos inconscientes y comenta la significación de su menosprecio en la cultura moderna:

No podemos permitirnos ser ingenuos al tratar de los sueños. Se originan en un espíritu que no es totalmente humano sino más bien una bocanada de naturaleza, un espíritu de diosas bellas y generosas, pero también crueles. Si queremos caracterizar ese espíritu, tendremos que acercarnos más a él, en el ámbito de las mitologías antiguas o las fábulas de los bosques primitivos, que en la conciencia del hombre moderno. No niego que se han obtenido grandes ganancias con la evolución de la sociedad civilizada. Pero esas ganancias se han hecho al precio de enormes pérdidas cuyo alcance apenas hemos comenzado a calcular. (Jung, 2002a: 45)

De igual modo apunta:

En beneficio de la estabilidad mental y aun de la salud fisiológica, el inconsciente y la conciencia deben estar integralmente conectados y, por tanto, moverse en líneas paralelas. Si están separados o “disociados”, se derivará alteración psicológica. A este respecto, los símbolos oníricos son los mensajeros esenciales de la parte instintiva enviados a la parte racional de la mente humana, y su

---

<sup>3</sup> Cfr, Joseph L. Henderson, 2002: 106. “Una de las principales contribuciones de nuestro tiempo para la comprensión y revalorización de tales símbolos eternos la hizo la escuela psicoanalítica del Dr. Jung. Ha ayudado a romper la arbitraria distinción entre el hombre primitivo, a quien los símbolos le parecían parte natural de su vida diaria, y el hombre moderno, para quien los símbolos, aparentemente, no tienen significado y carecen de importancia.

“Como ya ha señalado el Dr. Jung, la mente humana tiene su propia historia y la psique conserva muchos rastros de las anteriores etapas de su desarrollo. Es más, los contenidos del inconsciente ejercen un influencia formativa sobre la psique. Conscientemente, podemos desdeñar esos contenidos, pero inconscientemente respondemos a ellos y a las formas simbólicas –incluidos los sueños– con que se expresan.”

interpretación enriquece la pobreza de la conciencia de tal modo que aprende a entender de nuevo el olvidado lenguaje de los instintos. (Jung, 2002a: 46)

La negación de la influencia de los contenidos inconscientes en la formación de la personalidad, redundante según Jung en una degradación de la orientación de la energía psíquica constitutiva de los mismos, que se manifiesta en una irrupción ciega e incontenible que vulnera el carácter consciente y autónomo del sujeto. Desde la perspectiva junguiana, la acumulación de energía psíquica producto de la represión y negación de la vida inconsciente, se manifiesta abruptamente en la conciencia en forma de violencia y de una reducción y descomposición de la vida anímica del individuo o la comunidad. Jung llama 'sombra' a este fondo psíquico oscuro donde brotan aquellos contenidos psíquicos que les ha sido negada su función genética. La sombra produce actos de los cuales el individuo no es directamente responsable, y ante los cuales siente un profundo horror una vez que la conciencia misma es recobrada.

Jung nos ofrece un ejemplo elocuente al respecto:

Permítaseme poner como ejemplo, sólo para ilustrar este punto, al bosquimano que, en un momento de cólera y decepción al no conseguir pescar ningún pez, estrangula a su muy amado hijo único y luego se siente presa de inmenso arrepentimiento cuando coge en sus brazos el cuerpecillo muerto. (Jung, 2002a: 74)

Para Jung la sombra es el aspecto negativo que muestran los arquetipos cuando éstos ven cancelada su función genética de la personalidad y se muestran abruptamente fracturando la estabilidad de la vida anímica del sujeto. Toda tendencia constitutiva de la psique ha de encontrar una vía adecuada de despliegue, amén de no verse orillada a manifestarse en términos de una neurosis que mina la salud física y emocional del individuo, y la estabilidad del tejido social.<sup>4</sup>

Jung apunta respecto a la noción de sombra:

Los símbolos inconscientes, son un factor con el cual tiene que contar el psicólogo; es tontería desdeñarlos, porque, en términos racionales, parezcan absurdos o sin importancia. Son integrantes de importancia de nuestra constitución mental y fuerzas vitales en la formación de la sociedad humana, y no pueden

---

<sup>4</sup> En relación a los símbolos en los que se manifiesta la sombra, Cfr., Joseph L. Henderson, 2002: 117. "No obstante, el ego está en conflicto con la sombra, en lo que el Dr. Jung llamó 'la batalla por la liberación'. En la lucha del hombre primitivo por alcanzar la conciencia, este conflicto se expresa por la contienda entre el héroe arquetípico y las cósmicas potencias del mal, personificada en dragones y otros monstruos. En el desarrollo de la conciencia individual, la figura del héroe representa los medios simbólicos con los que el ego surgiente sobrepasa la inercia de la mente inconsciente y libera al hombre maduro."

desarraigarse sin grave pérdida. Allí donde son reprimidos o desdeñados, su energía específica se sumerge en el inconsciente con consecuencias inexplicables. (Jung, 2002a: 90)

Asimismo señala:

Tales tendencias forman una “sombra” permanente y destructiva en potencia en nuestra mente consciente. Incluso las tendencias que, en ciertas circunstancias, serían capaces de ejercer una influencia beneficiosa, se transforman en demonios cuando se las reprime. Esa es la razón de que mucha gente bien intencionada le tema incomprensiblemente al inconsciente y, de paso, a la psicología. (Jung, 2002a: 90)

Para Jung la negación de la vida inconsciente es nota fundamental de una cultura occidental que privilegia dispositivos religiosos, políticos y epistemológicos diversos, por sobre el desarrollo de la vida anímica del los individuos y las colectividades. El cultivo de la sombra es caracterizada por Jung justo como un cristianismo y un racionalismo moderno que impiden al sujeto un conocimiento de sí en el sentido delfico del término y un vínculo de las propias dimensiones inconsciente y consciente de la personalidad.

El inconfesable manejo que realiza la Iglesia del universo simbólico inconsciente de la cristiandad, así como el impacto de un racionalismo moderno que programáticamente niega la existencia, la eficacia y el rendimiento epistemológico y moral de las estructuras arquetípicas, constituyen según Jung el fortalecimiento de una sombra que ha mostrado un efecto pavoroso en el desenvolvimiento de la Modernidad misma. Jung nos dice al respecto:

El budista deshecha el mundo de las fantasías inconscientes como ilusiones inútiles; el cristiano pone la Iglesia y la Biblia entre él y su inconsciente; y el intelectual racionalista ni siquiera sabe que su conciencia no es el total de su psique. Esta ignorancia persiste hoy día a pesar del hecho de que desde hace más de setenta años el consciente es un concepto científico básico que es indispensable para toda investigación psicológica seria. (Jung, 2002a: 100)

En otro pasaje subraya:

Nuestros tiempos han demostrado lo que significa abrir las puertas del inframundo. Cosas cuya enormidad nadie hubiera imaginado en la idílica inocencia del primer decenio de nuestro siglo han ocurrido y han trastocado nuestro mundo. Desde entonces, el mundo ha permanecido en estado de esquizofrenia. No sólo la civilizada Alemania vomitó su terrible primitivismo, sino que también Rusia está regida por él y África está en llamas. No es de admirar que Occidente se sienta incómodo. (Jung, 2002a: 90)

Para Jung, el desprecio sistemático de una Modernidad que prefiere el concepto a la intuición, la técnica a la interiorización y a la promoción del conocimiento de la vida inconsciente, ha resultado en la acumulación y la perversión de gran cantidad de material psíquico-energético que mientras que se ha manifestado abrupta y terriblemente, se ha visto amplificado por el propio desarrollo tecnológico. El nazismo, el comunismo, el capitalismo, así como el cristianismo que aparece como su telón de fondo, no han sabido llevar a cabo un desarrollo en la vida consciente de aquellos arquetipos fundamentales y constitutivos de la psique, en los que radica la construcción de una humanidad sana. La guerra, el exterminio y la persecución características de las dos guerras mundiales, son para Jung botones de muestra de una cultura occidental en la que la neurosis ordena tanto la psique del sujeto, como los más diversos espacios políticos y sociales.

Para Jung, el conocimiento y desenvolvimiento de los arquetipos inconscientes, de ningún modo se constituye como principio de un proceso de normalización. La psicología y la educación de ninguna manera aparecen como promotores de un gregarismo que anulara la propia autonomía y la responsabilidad moral del individuo. Por el contrario, el desenvolvimiento del arquetipo en la vida consciente, se traduce en un proceso de individuación vivible y experimentable, en el que el *tipo*, la marca del propio símbolo como *arqué* o principio genético, se traduce en la articulación justo de un carácter, que es la conquista de la propia autonomía moral del individuo. En este sentido, el símbolo del ‘sí mismo’, de la vida o Dios en el hombre, no es más que el hombre mismo que da el fruto tangible que su forma supone, una personalidad equilibrada en la que consciente e inconsciente se armonizan, satisfaciendo precisamente una autonomía moral que se resuelve como gobierno de sí o capacidad de autodeterminación.<sup>5</sup>

Jung nos dice al respecto:

Porque el resultado no puede ser un total nivelamiento colectivo del individuo para adaptarlo a las “normas” de su sociedad. Esto llevaría a la situación menos natural. Una sociedad sana y normal es aquella en la que la gente está habitualmente en desacuerdo porque un acuerdo general es relativamente raro fuera de la esfera de las cualidades humanas instintivas. (Jung, 2002a: 54)

---

<sup>5</sup> Al respecto Cfr, Jaffé, 1992: 55. “En 1928, Jung comenzó a estudiar alquimia. Junto con su práctica, sus investigaciones científicas y los trabajos principales que había escrito en el ínterin, el trabajo acerca de su propia inconsciente había seguido avanzando. Su descubrimiento más importante durante estos años de experimentación fue el hecho de que estaba ocurriendo un proceso de desarrollo en el inconsciente que tenía como objetivo la plenitud de la personalidad. Este proceso (Jung más tarde lo llamó el ‘proceso de individuación’) con frecuencia se describe en la forma de imágenes del inconsciente que representan la circunvalación de un centro. También el objetivo del proceso, la totalidad psíquica del proceso o el ‘self’ que abarca tanto el consciente como el inconsciente, con frecuencia aparece como un círculo, un mandala estático.”

En *Psicología y alquimia* apunta:

La psicología se ocupa del acto de ver y no de construir nuevas verdades religiosas, en un momento en que ni siquiera las doctrinas existentes han sido comprendidas aún. Es sabido que en materia de religión no puede comprenderse nada que no se haya experimentado interiormente. Sólo en la experiencia íntima se revela la relación del alma como lo exteriormente mostrado y predicado, como un parentesco y correspondencia, análogos a los de *sponsus* y *sponsa*. De manera que si como psicólogo digo que Dios es un arquetipo, me refiero al tipo impreso en el alma, vocablo que, como es notorio, deriva de Tipos=golpe, impresión, grabación. (Jung, 2002b: 22)

La génesis de Dios en el hombre o el desarrollo del arquetipo del ‘sí mismo’ en el alma, es según Jung una experiencia vivible que encuentra testimonio de su existencia tanto en la mitología, como en los sueños en tanto producto espontáneo de la vida inconsciente del sujeto. La manifestación de dicho arquetipo en sus diversas presentaciones –el mandala, la ciudad, la pareja celestial–, va aparejado de un cambio fundamental en el sentido de la vida del sujeto y la cultura, que lo sustrae tanto de la esfera meramente animal, como de una vida social marcada por el propio gregarismo y la barbarie.

Para Jung, una completa recuperación de la dimensión inconsciente del sujeto, está dada por la figura psicológica denominada ‘ánima’. El ánima aparece como el aspecto femenino tanto del sujeto, como del propio arquetipo del ‘sí mismo’, que ha sido mutilado por la Iglesia y el cristianismo reinantes. El carácter marcadamente monoteísta y masculino del cristianismo, se traduce en un desconocimiento por parte del sujeto de su propia naturaleza, de la sabiduría que como *prudencia*, da lugar a un *diálogo del alma consigo misma*, asegurando su expresión no como ciega omnipotencia, sino como una omnisciencia y conciencia.

El Judaísmo y el cristianismo, en tanto religiones monoteístas y masculinistas, han cancelado la eficacia de la huella de la diosa sabiduría, dando lugar a una cultura occidental que inhibe la plenificación de la conciencia que implica la recepción del sello de la vida en tanto energía psíquica capaz no sólo de imponer y destruir, sino de recibir y acoger, justo en tanto formas características de la *relación* propia de lo femenino.

Jung nos dice al respecto:

Mientras que los hombres, bajo esta dura disciplina, se aplican a ensanchar su conciencia mediante la adquisición de cierta sabiduría, es decir, mediante la adquisición, en primer lugar, de prudencia y circunspección, este mismo proceso histórico hace patente que Yavé ha perdido de vista, desde los días de la creación, su coexistencia pleromática con la sabiduría. (Jung, 2006: 57)

La sabiduría es para Jung el desenvolvimiento de una conciencia a la vez racional e irracional, perfecta y completa, masculina y femenina, que hace de su vitalidad no el principio de una ciega afirmación que se resuelve como auto-destrucción, sino de la génesis de una totalidad psíquica dinámica, en la que los horrores característicos de la sombra, se ven sustituidos por la experiencia de la construcción de una conciencia libre y reflexiva, de una conciencia en última instancia, capaz de impartir justicia. La paz con justicia que no han logrado construir las Iglesias ni el racionalismo moderno, y que no obstante es fundamental en el mensaje cristiano, tiene según Jung su condición de posibilidad en la intensificación de una vida psíquica que no reniegue de sus raíces simbólicas y vitales. La exigencia de justicia presente ya en la propia Biblia, es el reclamo a la cosificación producto del dogma por parte de la Iglesia, que cercena la parte femenina de Dios, negando la forma de Dios mismo como amor, y por contrario, creando las condiciones para la manifestación de la Ira de Dios, en tanto sombra inconsciente actuante. En este sentido, el nacimiento de Cristo, desde el punto de vista de Jung, implica la conciencia de la determinación de la justicia como satisfacción del vínculo del hombre con la vida como principio de humanización. La exigencia de justicia que Cristo trae a mundo, es la humanidad misma que gana su forma humana al desarrollar en el plano consciente el arquetipo del ‘sí mismo’ o la totalidad. Sin embargo, por el carácter masculino de Cristo, por la negación de lo femenino en el arquetipo mismo de la totalidad, la Ira de Dios como contenido psíquico inconsciente es aún presente y latente, y con ello, la guerra y el horror característicos de la cultura occidental.<sup>6</sup>

Jung acuña estos planteamientos en el texto *Respuesta a Job*. En dicho texto, toda vez que señala la exigencia misma de Justicia que implica el arquetipo del Dios-hombre, muestra cómo la Iglesia (tanto en su versión católica como protes-

---

<sup>6</sup> Cfr., Jaffé, 1992: 99. “Lo que causó la mayor impresión en Jung fue la ambivalencia de la imagen de Dios judía. Se afirma que Javé es creador y destructor, benigno y severo, luz y tinieblas. A los ojos de Jung, la unión de estos opuestos extremos daba a los judíos una integridad superior a la imagen cristiana del Dios que es exclusivamente amoroso y amable. Jung sospechaba que había que buscar en esta diferencia la razón de la conservadora incapacidad de los judíos para aceptar el cristianismo. Sentía que su imagen de Dios era superior: expresaba la totalidad.

“Al considerar la ambivalencia de la imagen de Dios, Jung hizo la advertencia en repetidas ocasiones de que junto con el precepto cristiano del amor de Dios, deberíamos seguir el precepto del Antiguo Testamento del temor de Dios.

“Jung escribió uno de sus libros más apasionados, *Respuesta a Job*, acerca del conflicto de Job con su Dios. A pesar de su experiencia del lado oscuro de Dios –era la víctima de la apuesta de Dios con el diablo– Job nunca dudó de la existencia del lado claro de Dios. “Se que mi redentor vive”. Este conocimiento interior de la naturaleza contradictora de Dios dio al hombre una cierta superioridad. La consecuencia fue una transformación de la imagen de Dios: Dios se hizo hombre. Esa fue la ‘Respuesta’ de Job.”

tante) al cercenar la parte femenina de la divinidad, deja al hombre mismo sin la posibilidad de construir una personalidad integral, en la que el diálogo del alma consigo misma (ánima) genere una conciencia que compense una omnipotencia que se manifiesta como sombra (Ira de Dios) y destrucción.

Jung apunta al respecto:

La acentuación de la edad de Dios está en conexión lógica con la existencia de su hijo, pero insinúa también la idea de que Dios debe pasar a un segundo plano y que el hijo debe ir tomando cada vez más las riendas del mundo de los hombres, de lo cual se espera un orden más justo. Todo esto demuestra que en alguna parte sigue actuando un trauma anímico, el recuerdo de una injusticia que clama al cielo y empaña la relación de confianza con Dios. Dios mismo quiere tener un hijo; pero se desea tener un hijo para que éste sustituya al Padre. Como vemos bien, este hijo tiene que ser incondicionalmente justo; esta virtud se halla por encima de todas las demás virtudes. Dios y el hombre quieran ya liberarse de la ciega injusticia. (Job, 2006: 105)

Más adelante señala:

Las consecuencias de la declaración pontificia no pueden escamotearse y hacen que el punto de vista protestante quede abandonado al *odium* de una simple religión de varones, que no conoce ninguna representación de la mujer, algo semejante al mitraísmo, al que este prejuicio acarreó muchas desventajas. Es claro que el protestantismo no ha prestado atención suficiente a las señales de la época, las cuales apuntan hacia la igualdad de los derechos de la mujer. Esta igualdad de derechos tiende a alcanzar una fundamentación metafísica en la figura de la “mujer divina”, de la esposa de Cristo. Lo mismo que la persona de Cristo no puede ser sustituida por una organización, tampoco la esposa de Cristo puede ser sustituida por la Iglesia. Lo femenino exige tener una representación tan personal como lo masculino. (Job, 2006: 161)

Para Jung, la Iglesia ha constituido un aparato político e ideológico montado sobre las estructuras inconscientes del hombre. Es la apropiación y perversión de los mecanismos arquetípicos constitutivos de la conciencia, el principio eficaz que utiliza la Iglesia para moldear una cultura en la que la represión de la energía psíquica del sujeto aparece como una constante. La negación de la parte femenina del arquetipo del ‘sí mismo’ o la totalidad, es el semillero de una sombra que a la vez que cancela la posibilidad de desenvolver una prudencia y una justicia que sería el fundamento de la vida ética y política, cultiva oscuramente una violencia que irrumpe en forma de guerra y barbarie.

Desde el punto de vista jungueano, la Biblia misma ofrece el diagnóstico sobre la necesidad de un desarrollo del dogma, en tanto expresión viva de una acción cabal del arquetipo inconsciente del ‘sí mismo’ o totalidad, que no se vea

negada y cercenada por la propia Iglesia. El Apocalipsis de san Juan, en este sentido, es justo la visión que anticipa la situación de una cultura occidental que por su fanatismo religioso o su miope racionalismo, tiene frente a sí los abismos de su propia autodestrucción. San Juan, según Jung, anticipa con su Apocalipsis el carácter neurótico de una Modernidad que ha hecho de la tecnología no un instrumento de la propagación del amor, sino una vía para amplificar la Ira de Dios, en tanto la incapacidad misma del hombre para dialogar con su propia interioridad y actualizar el arquetipo del ‘sí mismo’ como unión de lo masculino y lo femenino, como unión de los contrarios.

Jung nos dice al respecto:

Los cuatro funestos jinetes, los amenazadores toques de trompetas, las copas de la cólera que han de ser vertidas sobre el mundo: todo esto es algo ya inminente, es algo todavía inminente. La bomba atómica está suspendida sobre nuestras cabezas como una espada de Damocles, y detrás de ella acechan las posibilidades, incomparablemente más terribles, de la guerra química, que podrían eclipsar los horrores del Apocalipsis. (Job, 2006: 140)

La fractura entre consciente e inconsciente en el hombre moderno es para Jung la fuente de una condición político-armamentista que mantiene a la humanidad vacilando al borde de su autoaniquilamiento. Como decíamos, las dos guerras mundiales del siglo pasado, cuya capacidad destructiva sobrepasa lo imaginable, son el botón de muestra que ilustra la preocupación jungueana sobre la sistemática represión de la energía psíquica por parte de la Iglesia y el racionalismo moderno, que niegan un vínculo directo del hombre con el fondo de la vida y su estructura simbólica.

Para Jung la religiosidad es una función inherente a la psique humana. Por definición la psique es religiosa, en la medida que posee un arquetipo de la totalidad que se manifiesta tanto en sueños, como en la gran variedad de las mitologías del globo.<sup>7</sup> Esta función religiosa posee ante todo una dimensión psicológica, enraizada en la propia vida biológica de la especie. Ésta presenta por ello un carácter autónomo, que guía su propio desarrollo, y que no tiene porque verse negada externamente, por aparatos institucionales diversos, como las propias Iglesias. En otros términos, Jung reclama para el hombre una vida moral y un vínculo con aquellos símbolos fundamentales en la construcción de su

---

<sup>7</sup> Al respecto Cfr. Jaffé, 1992: 64. El tema ‘ánima naturaliter religiosa’ (el alma es religiosa por naturaleza) fue el que absorbió la mayor parte de su vida. En *Psicología y religión* (las Conferencias Terry, pronunciadas en la Universidad de Yale, 1937), desarrollo este tema en base a su conferencia de Eranos de 1935. Su punto de partida fue una comparación de motivos arquetípicos –círculo del mandala dividido en cuatro, cuaternidad– tales como los que son comunes a la literatura alquímica, con los sueños de un hombre moderno, que no tenía conocimiento de alquimia.

carácter, que se vea libre de la mediación de la Iglesia misma y sus dispositivos normalizantes y disciplinarios. Sólo la experiencia del arquetipo de la totalidad como Dios en el hombre, es el principio para dar cuenta de la existencia de Dios mismo. Esta existencia no debe ser impuesta por una institución eclesiástica, que limita el arquetipo pervirtiendo su fuerte carga simbólica y emotiva. La energía psíquica de la imagen del 'sí mismo' se verifica únicamente en la conciencia misma, pues es ella y sólo ella el ámbito de su despliegue y actualización en tanto *arqué* (gobierno) y *tipo* (huella, marca) capaz de formar el carácter y garantizar una autonomía moral, que Jung, como anticipamos, denomina *principio de individuación*.<sup>8</sup>

Jung nos dice al respecto:

Sólo por medio de la psique podemos demostrar que la divinidad obra sobre nosotros; pero no podemos distinguir si estos influjos vienen de Dios o del inconsciente, es decir, no podemos determinar si la divinidad y el inconsciente son dos magnitudes distintas. Ambos son conceptos límites y significativos de contenidos trascendentales. Pero empíricamente se puede confirmar con probabilidad suficiente que en el inconsciente aparece un arquetipo de la totalidad, el cual se manifiesta de manera espontánea en sueños etc., y que existe una tendencia, independiente de la voluntad, a referir los otros arquetipos a este arquetipo central. (Jung, 2006: 166)

---

<sup>8</sup> En relación al vínculo de las dimensiones consciente e inconsciente como forma de la estructura del 'sí mismo', Cfr. Joseph L. Henderson, 2002: 117. Un niño, por ejemplo, posee el sentido de perfección, pero sólo antes del surgimiento inicial de su conciencia del ego. En el caso de un adulto, el sentido de perfección se consigue mediante una unión de la conciencia con los contenidos inconscientes de la mente. Fuera de esa unión, surge lo que Jung llamó 'la función trascendente de la psique', por la cual el hombre puede conseguir su más elevada finalidad: la plena realización del potencial de su 'sí mismo' individual."

Asimismo Cfr., Von Franz, M. L., 1995: 25. "Pero nuestro yo consciente no es de ninguna manera exclusivamente individual, a pesar de que lo sentimos así cuando decimos 'yo' (y frecuentemente nos estamos refiriendo a nuestro cuerpo). Innumerables impulsos, ideas, representaciones, objetivos y actos de voluntad del yo son puramente colectivos; esto significa que son similares a los de otras personas, si no idénticos. Para la parte inconsciente de la psique ocurre lo mismo, sólo una parte de sus manifestaciones (seños, etc.) se refieren a lo vivido individualmente (eso es lo que Jung llama lo inconsciente individual). Pero muchas otras tienen su origen en el 'inconsciente colectivo' y no se las puede asignar al individuo. Incluso aquello más íntimo, es decir, lo que vivimos como 'Yo', como 'mi' individualidad, es algo de muchas capas, algo que racionalmente no es posible agotar describiéndolo. La realización más consciente de estas diferentes capas es un proceso gradual de desarrollo en muchas fases, que C. G. Jung denomina individuación."

Para Jung la salud psíquica y cultural tiene que estar dada por la inmediatez del vínculo del sujeto con aquellos símbolos inconscientes vertebradores de la conciencia. Una conciencia sana y una humanidad sana radican en la satisfacción del diálogo de las dimensiones consciente e inconsciente de la personalidad, en el que el carácter a la vez interior y trascendente del símbolo arquetípico se resuelve como una experiencia vital y la creación de una orientación autónoma efectiva y dialogante en la determinación del sentido de la vida. Es justo la fuerza del arquetipo del 'sí mismo' desplegado en su totalidad, el principio que según Jung puede salvar a la humanidad de la catástrofe. La poderosa carga psíquico-energética propia del símbolo inconsciente, el carácter numinoso de la imagen del 'sí mismo', es desde la perspectiva de nuestro autor el principio de un adecuado despliegue de la conciencia que impida la irrupción de la sombra como motor del suicidio de la humanidad.

Jung, como Bergson, apela al desarrollo de las facultades más elevadas de la psique, como la intuición y un despliegue racional guiado por el propio conocimiento intuitivo, como vía para reconducir el desarrollo de una Modernidad que se encuentra cerca de su autodestrucción. Jung invita a la humanidad a hacer manifiesta la profunda fuerza emotiva y el caudal energético del arquetipo del 'sí mismo', que tanto la mitología occidental, como las mitologías orientales y el mundo mismo de los sueños consignan, para hacer frente a la decadencia moral que vive Occidente, y que aparece por añadidura como hemos señalado, como brújula del despliegue tecnológico. El problema del escaso nivel de conciencia de la humanidad tecnificada, es decir, el desconocimiento de la propia naturaleza profunda y la falta de introspección de Occidente es, en suma, el marco fundamental en el que Jung ordena sus reflexiones psicológicas y como veremos más adelante, sus propias reflexiones en torno a los vínculos entre educación y religión:

Jung nos dice al respecto:

El problema consiste en si el hombre será capaz de ascender a una cumbre moral más alta, es decir, a un nivel superior de la conciencia, para poder resistir a la fuerza sobrehumana que le fue facilitada por los ángeles caídos. Pero el hombre no puede seguir avanzando en su camino si no conoce mejor su propia naturaleza. (Jung, 2006: 154)

De igual modo señala:

El problema es ahora el problema del hombre. El hombre tiene en sus manos una terrible fuerza de destrucción; el problema consiste en si podrá resistir al deseo de usarla, en si podrá refrenar este deseo con el espíritu del amor y de la sabiduría. Sea cualquiera la significación de la totalidad del hombre, del Sí mismo, empíricamente esta totalidad es una imagen, producida de manera espontánea

por el inconsciente, de la meta de la vida, y está más allá de los deseos y de los temores de la conciencia. Esta totalidad representa la meta a que ha de llegar todo hombre, con o contra la conciencia. (Jung, 2006: 153)

Para Jung el desarrollo del proceso de individuación, es decir, la creación del propio 'sí mismo' como unidad superior de la conciencia, no es de ningún modo como hemos dicho la satisfacción de un mecanismo de normalización, que sujete al individuo a los patrones heterónomos que impone ya sea la propia Iglesia, o un capitalismo en el que el libre mercado y la explotación industrial minan todo proceso de interiorización y autoconocimiento. Jung, en este punto, plegándose al pensamiento socrático, señala que la formación del carácter, en tanto *escucha al llamado* de la voz supraracional de la conciencia, pasa por un ejercicio de indisciplina y desobediencia social, pues la creación de una conciencia autónoma no puede seguir las pautas morales que en el caso de la Modernidad imponen el propio capitalismo y la carrera armamentista que éste tiene como núcleo articulante.

Jung apunta en este sentido:

Es ese estado de cosas el que explica el peculiar sentimiento de desamparo de tantas gentes de las sociedades occidentales. Han comenzado a darse cuenta de que las dificultades con las que nos enfrentamos son problemas morales y que los intentos para resolverlos con una política de acumulamiento de armas nucleares o de "competición" económica sirve de poco, porque corta los caminos a unos y otros. Muchos de nosotros comprendemos ahora que los medios morales y mentales serían más eficaces, ya que podrían proporcionarnos una inmunidad psíquica contra la infección siempre creciente. (Jung, 2002a: 82)

Jung retoma en sus planteamientos críticos de la Modernidad los marcos de una psicología llamémosla tradicional y premoderna en los que la figura de la identidad del alma y Dios es fundamental, para reinterpretarlos a la luz del moderno concepto de inconsciente. En este sentido, la noción de arquetipo o símbolo inconsciente, se constituye como una estructura psíquico-vital que no obstante es el principio de toda determinación cultural, la desborda. Así, el bienestar de una cultura, depende de su inteligencia y capacidad para integrar, expresar y desarrollar las propias fuerzas vitales que son su fundamento. Por ello, para Jung, la espiral económico-militar en la que se ha articulado la modernidad, es sintomática de una disociación psíquica o neurosis colectiva y cultural, que requiere de acciones urgentes.

Es en este sentido que el planteamiento educativo de Jung cobra un lugar relevante en su diagnóstico sobre la cultura occidental. La educación para nuestro autor consiste en crear las condiciones para que la propia cultura occidental, toda vez que haga contacto con la carga emotiva del símbolo del 'sí mismo', pueda

desarrollarla a cabalidad, compensando los desequilibrios entre omnipotencia y omnisciencia de la psique, es decir, el desfase entre los aspectos masculinos y femeninos de la conciencia misma. La propia figura de Cristo debe ser ampliada con base en una serie de experiencias interiores, que le den al fenómeno religioso un contenido psicológico efectivo, de modo que pueda dar lugar a un símbolo o imagen emotiva capaz de reordenar el despliegue de la conciencia del hombre cristiano y no repetir el mero carácter vacío y exterior que presentan los dogmas de la Iglesia, ni la ciega adhesión al racionalismo y militarismo propiamente modernos.

Jung señala en este punto:

Mientras la religión continúe siendo solo una creencia en una forma exterior, y mientras la unión religiosa no se convierta en una experiencia del alma, no habrá ocurrido nada esencial. Es menester comprender aun que el *mysterium mágnum* no existe sólo en sí mismo, sino que se funda también y principalmente en el alma humana. El que no sepa esto por experiencia podrá ser un hombre sumamente docto en teología, pero no tiene la menor idea de lo que es la religión y menos aún la educación del hombre. (Jung, 2002b: 20)

La educación para Jung, siguiendo a Sócrates y a la tradición neoplatónica, es parir el propio carácter, en tanto la *anamnésis* o reminiscencia de los propios arquetipos genéticos de la personalidad. Esta reminiscencia, toda vez que supone un vínculo del sujeto con el símbolo simultáneamente trascendente e interior al sujeto mismo, implica también su desarrollo, en términos de su actualización y perfeccionamiento en la propia conciencia del hombre. Así, la función educativa estriba en el doble movimiento de propiciar un hombre autónomo, que en la creación de su propio carácter, facilita el desenvolvimiento de la vida que es su fundamento, evitando así que ésta se vea reprimida, para irrumpir posteriormente bajo la forma de un fondo negro que es sólo ciego poder, violencia, temor y temblor, y de ningún modo una conciencia de sí capaz de reestructurar interiormente la conciencia misma del hombre y el ámbito de las relaciones intersubjetivas, bajo la amorosa forma de la sabiduría.

El desarrollo de los símbolos inconscientes con base en la experiencia vivida es el fundamento de todo proceso educativo que busque dar a luz una autonomía moral, y con ello valores vivos como la prudencia, la concordia y la justicia en los que encarna la sabiduría misma. El proyecto educativo occidental ha fracasado, en la medida que se ha determinado más como un aparato represor de las tendencias innatas en la psique, que como trampolín de la construcción de sujetos abiertos al soplo vivificante de la naturaleza que se condensa en la propia figura del símbolo inconsciente. La religión en Occidente ha producido un empobrecimiento de la vida anímica del individuo, en la medida que ha contravenido la función religiosa de la psique, con tal de favorecer una serie de intereses inconfesables.

Jung en este sentido acota:

Los antropólogos han descrito muchas veces lo que ocurre a una sociedad primitiva cuando sus valores espirituales están expuestos al choque de la civilización moderna. Su gente pierde el sentido de la vida, su organización social se desintegra y la propia gente decae moralmente. Nosotros estamos ahora en la misma situación. Pero nunca comprendimos realmente lo que perdimos, porque, por desgracia, nuestros dirigentes espirituales estaban más interesados en proteger sus instituciones que en entender el misterio que presentan los símbolos. En mi opinión, la fe no excluye el pensamiento (que es el arma más poderosa del hombre), pero, desgraciadamente, muchos creyentes parecen temer tanto a la ciencia (y, de paso, a la psicología) que miran con ojos ciegos las fuerzas psíquicas numínicas que por siempre dominan el destino del hombre. (Jung 2002<sup>a</sup>: 91))

Jung reclama a la Iglesia el no haber hecho justicia a los ideales educativos propios de una tradición en la que la reminiscencia como toma de contacto directa del hombre con la Idea, resulta vía fundamental para desarrollar la vida anímica del hombre. Por el contrario, la Iglesia ha impuesto sus propios intereses al desarrollo del dogma, cancelando el nacimiento del propio arquetipo del 'sí mismo' en el hombre occidental, y con ello ensanchando las posibilidades de la emergencia del material psíquico mismo reprimido en términos de una sombra que es como hemos dicho guerra y destrucción.

La reminiscencia del arquetipo le permite al sujeto el desarrollo de éste, en términos no de ciega afirmación, sino de un carácter creativo, que es la recepción del influjo de la sabiduría. La sabiduría se hace presente en la reminiscencia o anámnesis, pues da lugar a la manifestación del carácter benévolo del arquetipo, que se resuelve como justicia. La sabiduría, el aspecto femenino del arquetipo del sí mismo, hace efectivo un amor y una justicia que son la satisfacción de la vida como conciencia.

Jung nos dice por ello:

Dios ha sido conocido, y este conocimiento influyó en adelante no sólo en Yavé, sino también en los hombres. Por ello son los hombres de los últimos siglos precristianos los que, al leve roce de la Sabiduría preexistente, que sirve de compensación a Yavé y a su actitud, realizan a un tiempo la anámnesis de la Sabiduría. La sabiduría, que aparece altamente personificada y demuestra así su autonomía, se revela a los hombres como amiga suya, como ayudadora y abogado ante Yavé, y les muestra el aspecto luminoso, bondadoso, justo y amable de Dios. (Jung, 2006: 59)

La reminiscencia da lugar a la realización de la forma femenina y amorosa del arquetipo, que se desarrolla en el hombre. Así, pues, la sabiduría aparece

como la esposa de la figura que en la mitología hebrea aparece como el Padre. El arquetipo mismo se constituye de este modo bajo el símbolo de la boda celestial, la hierogamia, la unión como anticipamos de lo masculino y lo femenino.<sup>9</sup>

Jung apunta al respecto en *Respuesta a Job*:

Esto significa que se introduce un nuevo principio. El divino carácter inmaculado de su estado evidencia que no sólo porta la *imago Dei* con una pureza no menguada, sino que, además, como esposa de Dios, es encarnación de su prototipo, la Sabiduría. Su amor por el hombre, puesto expresamente de relieve en los documentos antiguos, hace sospechar que Yavé se dejó determinar por las Sabiduría en aspectos esenciales de esta novísima su creación. (Jung, 2006: 62)

Inmediatamente después añade:

María, la ‘bendita entre las mujeres’, es protectora e intercesora a favor de todos los hombres, que son pecadores. Como la sabiduría, María es una Mediatrix que conduce hacia Dios y asegura de esta manera a los hombres la inmortalidad. Su *assumptio* es el modelo de la resurrección corporal del hombre. Como esposa de Dios y reina del cielo, María ocupa el lugar de la sabiduría en el antiguo testamento. (Jung, 2006: 62)

El arquetipo de la hierogamia o pareja celestial, al intervenir en la conciencia gracias a la reminiscencia, le muestra a ésta la forma de la vida como amor, como la capacidad de engendrar que es la unión de lo masculino y lo femenino. El aspecto femenino de la conciencia, se despliega gracias a una sabiduría que es la plenificación del propio arquetipo, pues este da lugar a un amor que es su forma más profunda.

En este sentido, señala Jung, la educación que impulsa la Iglesia ha fracasado, pues ha limitado el despliegue del arquetipo, a la propia figura masculina, al grado de traicionar el sentido y desarrollo del dogma mismo en el que se asienta. La Iglesia impide el desarrollo de la conciencia justo al impedir la ascensión de lo femenino al lugar, psicológicamente hablando, de lo sagrado. Así, el cristianismo efectivo es en el fondo un cristianismo incompleto, no vivido. La evangelización y el propio proyecto educativo cristiano, de este modo, han sido para Jung un rotundo fracaso, pues sus promotores, los propios cristianos, en la mayoría de los casos no lo han experimentado, y no han hecho efectiva la forma profunda de la vida, justo como un amor capaz de crear:

---

<sup>9</sup> Al respecto Cfr, Jaffé, 1992: 64. Detrás del vínculo entre los sexos está el ‘sí mismo’, el arquetipo del todo, que contiene y al mismo tiempo une los opuestos en la naturaleza humana. Esta dualidad y unidad están expresadas en el lenguaje figurativo de la alquimia por medio de pares de opuestos como Rex y Regina, Adán y Eva, Sol y Luna, ave y víbora, o por medio del concepto más general y abstracto de una *conicidentia oppositorum*.

Con los medios empleados hasta ahora, no se logró cristianizar el alma hasta el grado de que por lo menos las más elementales exigencias de la ética cristiana ejercieran alguna influencia decisiva sobre la actitud fundamental del europeo cristiano. Verdad es que las misiones cristianas predicaban el Evangelio a los pobres paganos; más los paganos interiores, que pueblan Europa, aún no oyeron hablar de cristianismo. El cristianismo tiene necesariamente que volver a empezar desde el principio, si aspira a cumplir su elevada misión educativa. (Jung, 2002b: 20)

La educación para Jung es la promoción de un conocimiento de sí, a partir de cual el desarrollo de la imagen del 'sí mismo' se hiciese manifiesta en la propia personalidad del hombre. Sólo en la medida en que el hombre experimente la enorme carga emotiva característica que supone la vida una vez que esta se conoce a sí misma gracias a la sabiduría, es que podrá según Jung dominar a los demonios interiores que lo acechan. El conocimiento de sí y la transmutación de la sombra, aparecen como metas educativas fundamentales de un cristianismo, que ha perdido de vista la posibilidad de renovarse a sí mismo, a partir de la elevación de lo femenino como la capacidad de relacionarse del alma consigo misma. La aprehensión de las bodas celestiales, la unión misma de lo masculino y lo femenino, aparece como meta de un cristianismo que tendría que recuperar la forma de la sabiduría, para desechar así a Satán o la sombra del ámbito de la conciencia.

En este sentido, subraya Jung, la Iglesia cancela sistemáticamente la posibilidad de dar lugar a la creación del Gran Hombre o el Héroe, justo como manifestación del arquetipo de la hierogamia o la unión de los contrarios. La Iglesia y su aparato educativo, castran a la conciencia su determinación como manifestación de un Dios dual, que en la creación misma de su hijo, el hombre completo y perfecto, el hombre mismo amoroso y creador, satisface su carácter vital.

Jung señala que la Iglesia se resiste a llevar adelante y hasta sus últimas consecuencias la completa encarnación del Dios dual en el hombre, que se encuentra ya prefigurada en la propia mitología egipcia, de la cual el judaísmo y el cristianismo son tributarios y, a su vez, transformaciones sustanciales, puesto que el Hijo del propio Dios-dual, no es el faraón, Horus, el Dios-monarca eterno, sino el hombre histórico, que se gana como Dios en la historia misma.

Jung señala al respecto:

La sabiduría es el "artífice", ella realiza los pensamientos pleromáticos de Dios, dándoles forma material, lo cual es una prerrogativa absoluta del ser femenino. Su coexistencia con Yavé significa la eterna hierogamia, en la que los mundos son engendrados y procreados. Nos encontramos ahora ante una gran transformación: *Dios quiere renovarse en el misterio de las bodas celestiales* (como lo

habían venido haciendo los primeros dioses egipcios), y *quiere hacerse hacerse hombre*. Al parecer, Yavé se vale aquí del modelo egipcio de la encarnación de Dios en el faraón, modelo que, por su parte, es una simple imagen de la eterna hierogamia pleromática. Pero no sería correcto suponer que este arquetipo se repite de una manera mecánica. (Jung, 2006: 60)

Isis-Osiris y Horus, son la triada fundamental que Occidente desde la perspectiva de Jung no consigue articular y renovar a partir de la figura de Cristo como motor de la realización de Dios en la historia, puesto que éste carece de una parte femenina, una esposa-madre divina, que le permita engendrar en el mundo y en el conjunto de la sociedad una conciencia que se sustraiga al desconocimiento de sí, y su ciega afirmación como mera omnipotencia.

Para Jung, ‘el sí mismo’ encuentra entre sus expresiones simbólicas más arcaicas, la figura del árbol. El árbol es símbolo de la articulación de una personalidad en el que las raíces vitales de la psique, retoñan en una conciencia completa que rinde los frutos del amor y la conciencia. El árbol se constituye en este sentido como un espacio oracular en el que la naturaleza habla a la conciencia, y ésta se abre a su palabra. El oráculo es el ámbito de indeterminación y producción que permite al hombre encontrar las señales para gobernar su conducta y el amor para reconfortar su existencia.

El árbol, como la ciudad sagrada o la montaña, cumplen una función oracular por la que el hombre ha de contemplar las imágenes y símbolos, que de ser descifrados, le brindan la pauta para gobernarse a sí mismo.

La sabiduría es el númen femenino de la “metrópolis” por excelencia, de la ciudad-madre Jerusalén. La sabiduría es la amada-madre; es un trasunto de Ishtar, la diosa pagana de las ciudades. Esto es confirmado por la extensa comparación de la Sabiduría con árboles como el cedro, la palma, el turbinto, el olivo, el ciprés. etc. Ya desde antiguo estos árboles eran símbolos de la diosa semítica del amor, de la diosa-madre. Junto a su altar, construido en un lugar elevado, se encontraba el árbol sagrado. En el antiguo testamento las encinas y los terebintos son los árboles de los oráculos (Jung, 2006: 48)

Jung, plegándose a la tradición socrática y neoplatónica, ve en el inconsciente un oráculo que muestra los símbolos y los enigmas que de ser descifrados, brindan al hombre un autoconocimiento fundado en el nexo inmediato con las pulsiones psíquicas que son el origen de la conciencia misma.<sup>10</sup> En este sentido, la figura

---

<sup>10</sup> Cfr. Al respecto la interesante descripción del proceso de interpretación oracular en la tribu Naskapi: M. L. Von Franz, 2002: 161. Los naskapi, que ponen atención en sus sueños y que tratan de encontrar su significado y comprobar su veracidad, pueden entrar en relación profunda con el Gran Hombre, el cual favorece a tales personas y les envía más y mejores sueños. Por tanto, la máxima obligación de un naskapi es seguir

misma de Sócrates, quien escuchaba la voz de su *daimon*, y que llevaba adelante su misión educativa justo como obediencia a la palabra misma del oráculo, se instala en el centro de la propuesta educativa de Jung: el conocimiento de sí como conocimiento de los arquetipos que no obstante son anteriores y trascendentes a la conciencia, resultan también interiores, se constituye para nuestro autor como horizonte fundamental de la articulación de la conciencia y la personalidad.

En síntesis, educar para Jung, es invitar al hombre conocerse a sí mismo, para descubrirse como el propio arquetipo del 'sí mismo', arquetipo que él también requiere del hombre, para dar a luz y parir su propia forma.

Así, Jung, reprocha a los teólogos que cuestionen el sentido de su práctica educativa, cuando esta se constituye como la satisfacción de la función religiosa de la psique.

Más, cuando demuestro que el alma, por su naturaleza, posee una función religiosa, y cuando postulo que la misión más elevada de toda educación consiste en llevar a la conciencia ese arquetipo de la imagen de Dios, o sus irradiaciones y efectos, es precisamente cuando la teología me toma de un brazo y me acusa de psicologismo. (Jung, 2002b: 20)

Jung retoma algunos de los principios más arcaicos respecto al problema educativo, para señalar al hombre moderno algunos senderos que quizá le brinden una liberación interior, que lo sustraiga a los excesos y los horrores, a los que conduce un irresponsable uso de la tecnología. La educación se coloca nuevamente como pivote por el que la religión, la filosofía y la ciencia, ganan una dimensión humana, pues el hombre se arriesga a ir más allá de sí mismo, y a soñar efímeramente –aunque con gran urgencia– que es un Dios, una forma divina, que se gana como divina, justo al hablar consigo misma, venciendo la noche y el horror mismo que la habitan y que cada vez con más fuerza hacen de la realidad, de la propia Modernidad, una terrible pesadilla.

---

las instrucciones dadas por sus sueños y luego dar a su contenido forma permanente por medio del arte. Las mentiras y la deslealtad alejan del reino interior del individuo al Gran Hombre, por lo que la generosidad y el amor al prójimo y a los animales le atrae y le da vida. Los sueños dan a los naskapi plena capacidad para encontrar su camino en la vida, no sólo en el mundo interior sino también en el mundo exterior de la naturaleza. Le ayudan a predecir el tiempo y le dan guía inestimable en la caza de la que depende su vida. Menciono este pueblo tan primitivo porque no está contaminado por nuestras ideas civilizadas y aún conserva el profundo conocimiento interior natural en la esencia de lo que Jung llamó el 'sí mismo'.

## Bibliografía

- Freud-Jung: *Correspondencia*, Barcelona, Paidós, 2000.
- Jacobi Jolande, *Psicología de C. G. Jung*, Paidós, Barcelona, 2003.
- Jaffé, Aniela., *De la vida y la obra de C. G. Jung.*, Libro Guía, Madrid, 1992.
- Jung, C. G., *Respuesta a Job. México*, F. C. E., 2006.
- Jung, C. G., *Psicología y Alquimia*, Tomo, 2002.
- Jung, C. G., M. L. Von Franz., Joseph L. Henderson., Jolande Jacobi., Aniela Jaffé., *El hombre y sus símbolos*, Caralt, 2002.
- Ortiz Osés, Andrés: *Jung, Arquetipos y Sentido*, Paidós, Barcelona, 1998.
- Van der Poost, Laures: *Jung y la Historia de nuestro tiempo*, Paidós, Barcelona, 1998.
- Vázquez Fernández, Antonio: *Psicología de la Personalidad en C. G. Jung*. Paidos, Barcelona, 2002.
- Von Franz. Marie-Louise, *Sobre los sueños y la muerte*, Kairos, Barcelona, 1995.